

Madrugada en el Atlántico

David Huerta

El naufragio del Titanic se convirtió, al día siguiente de ocurrido, en una de las tragedias emblemáticas del siglo pasado. Este breve ensayo explora alguna de las estribaciones literarias y sociales del hundimiento del barco más famoso del mundo. En el centenario de esa madrugada de 1912, se reivindica el valor de uno de los textos más emocionados acerca del hecho: un hermoso poema de Thomas Hardy, comentado aquí a partir de la lectura analítica del poeta ruso Joseph Brodsky.

Para Juan Almela, con amor

EL FINAL DE UNA ÉPOCA

El lunes 15 de abril de 1912, hace cien años, concluyó para muchos historiadores el siglo XIX: el hundimiento del “insubmersible” trasatlántico *Titanic*, a lo largo de la madrugada de ese lunes, marcó ese final de toda una centuria. Por añadidura, extinguió radicalmente, para las clases sociales a las cuales se debe su invención y gozaron de ella, la *joie de vivre* de una época entera, la llamada *época bella*. Esa época y ese estilo tuvieron su expresión en la bullente vida de los bulevares y cafés de París, “capital del siglo XIX”, según la frase famosa del marxista Walter Benjamin. En México, el afrancesamiento del régimen de Porfirio Díaz hizo suspirar a muchos mexicanos por esa forma de vida y esas expresiones y formas de experimentar espacios y cosas, y, por supuesto, de convivir: lo muestran visiblemente el trazo y la ornamentación del Paseo de la Reforma, tantos edificios y casas de la co-

lonia Roma, la poesía de los llamados “modernistas”, entre muchas otras obras y fenómenos.

Bastarían dos años más para conocer el rostro genuino y escalofriante de la nueva era: la Primera Guerra Mundial, las batallas en las trincheras, los ataques con gas, el lodo espeluznante, la desolación de la Tierra de Nadie entre los ejércitos en pugna, las heridas inconcebibles, las muertes fulminantes o las muertes lentísimas. En México, las grandes batallas de la Revolución —sobre todo en Santa Ana del Conde, en el estado de Guanajuato, en 1914— fueron la expresión violenta del final del antiguo régimen.

A las 11 y 40 minutos de la noche del domingo 14 de abril, durante la fase final de su travesía, el *Titanic* chocó con una montaña de hielo marino. Los filos helados del *iceberg* hicieron un larguísimo “rayón” en el casco del barco, y el 15 de abril, debido a ello, comenzó una inundación imparable y el barco terminó por inclinarse y naufragar en picada hasta el fondo del océano, dejan-

do entre sus escombros un saldo desolador: murieron ahogados en las frías aguas 1,517 pasajeros. La historia y las imágenes que la conforman ha sido recreada con diferentes medios, en mil y una versiones. Forma ya una de las fábulas míticas de esa época en trance continuo de desvanecimiento: la *modernidad*. La palabra ha sido desgastada hasta la extenuación; junto a ese notorio envejecimiento, la llamativa tragedia del *Titanic* sigue despertando curiosidades y pasiones.

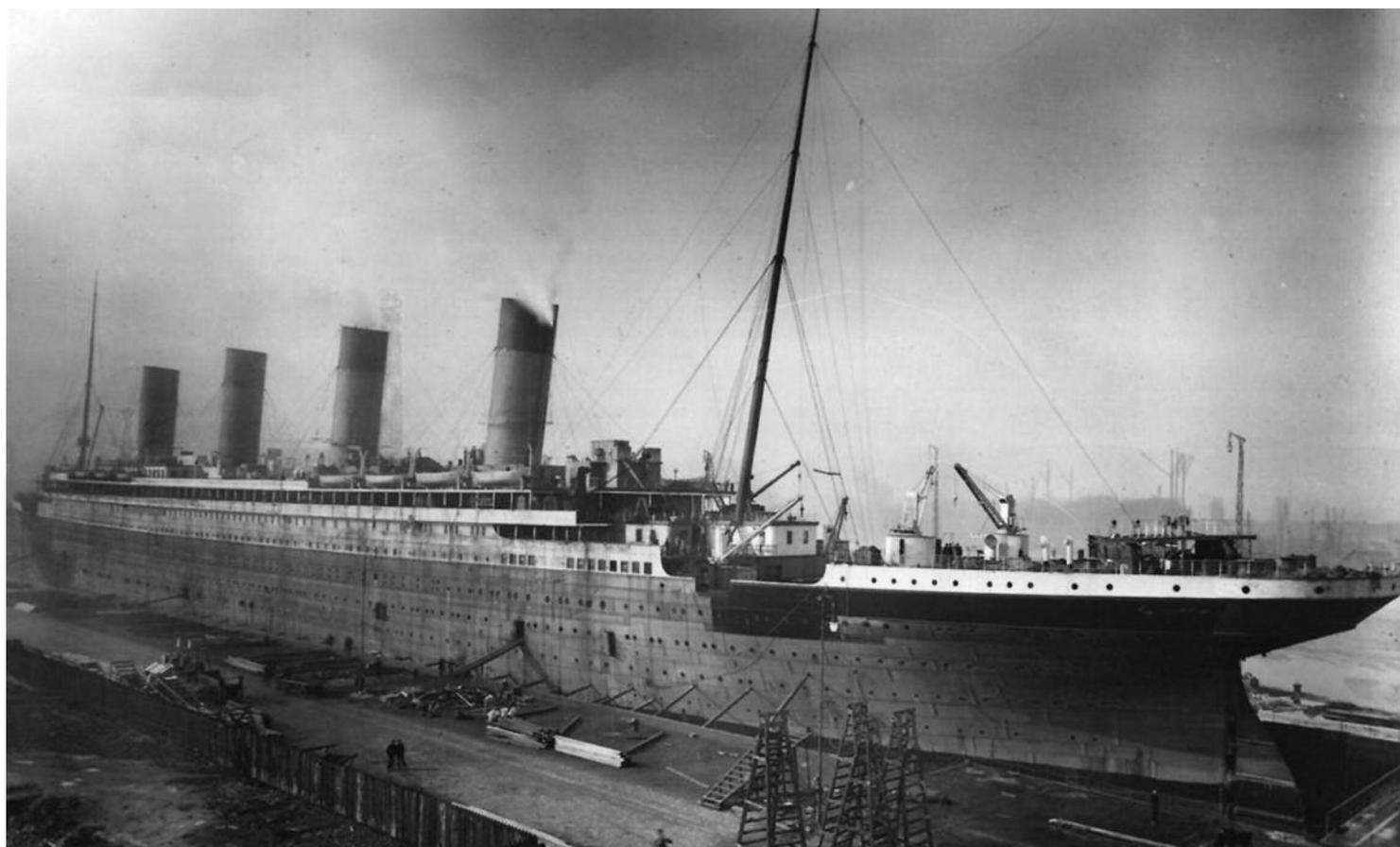
LAS VÍCTIMAS Y LA FRACTURA DE LA CONCIENCIA EUROPEA

Los cientos de miles de víctimas del primer conflicto armado internacional fracturaron profundamente la conciencia europea. Los recursos técnicos de la revolución industrial se habían desplegado sólo para mostrar el lado sangriento del progreso. La “guerra que acabaría con todas las guerras” —así rezaba la frase propagandística para justificar y alentar el patriotismo bélico— fue el primer capítulo de un prolongado desgarramiento a lo largo del siglo XX: hay quien habla de una guerra mundial de 31 años de duración, con un periodo de paz relativa —como se sabe, de efectivo rearme— entre 1918 y 1939. El capítulo inaugural de esa etapa —nuestro tiempo, sin duda— fue el hundimiento del buque magnífico, cuyo nombre evoca a los desafiantes colosos de la mitología griega: los titanes. Desde el punto de vista gramatical, ese nombre es un adjetivo (en su

traducción española: *titánico*); pero, ¿cómo regatearle su condición de nombre propio, el nombre del barco más famoso del mundo? Imposible.

El *Titanic* era una maravilla de la técnica ingenieril y la promesa de una vida más intensa, mejor y más plenamente vivida, llena de luz y de salud y repleta de recompensas variadas: una ciudad flotante con el rostro irradiante de una utopía burguesa. El barco, asombro de todos, era varias cosas simultáneamente: hotel de lujo, torre de marfil, “palacio flotante” (así lo llama Joseph Brodsky), microcosmos nómada.

En ese barco, destinado a lujosos viajes a través del Océano Atlántico, se sintetizaban los mundos del siglo XIX y del naciente siglo XX: grandes avances industriales y científicos, precipicios de desigualdades sociales, aspiraciones paradójicas a perfeccionar la sociedad, acaso olvidando los valores heredados de la Ilustración. Los contrastes sociales se volvieron tristemente célebres a raíz de la tragedia de abril de 1912. Los compartimentos de la tercera y la cuarta clase de pasajeros del *Titanic* —también la quinta y las demás, emblemas de grados de miseria—, hacinamiento de peregrinos en busca de las promesas del Nuevo Mundo, se transformaron en cementerios submarinos. Aquellos pobres de solemnidad viajaban prácticamente a un lado de los millonarios arrogantes y frívolos, también víctimas de la *hubris* representada por el barco. El colosal orgullo humano terminó hecho pedazos en los abismos neptunianos.



El *Titanic* en los astilleros



Pasajeros del *Titanic*



El *Titanic* preparándose a zarpar en Southampton, 10 de abril de 1912



El RMS *Titanic*

BIBLIOTECAS TITÁNICAS

Lo escrito acerca del hundimiento del *Titanic* podría llenar varias bibliotecas de dimensiones considerables. Las imágenes, las conjeturas, las falsificaciones, los rumores, las exageraciones sobre el naufragio de 1912 forman un laberinto inextricable, una maraña de impenetrable densidad. De los periódicos del día siguiente y sus titulares condolidos o sensacionalistas a la serie televisiva inglesa *Downton Abbey*, pasando por películas y monografías, el motivo del *Titanic* es algo así como un mito moderno. La escritora inglesa Frances Wilson lo explica con brillantez en el número de diciembre de 2011 / enero de 2012 de la *Literary Review*. La fuerza mítica de esa historia es poderosa: Wilson lo explica con un repaso fulgurante del panorama bibliográfico sobre el tema.

En su artículo —en la sección editorial de la *Literary Review*, llamada “*Pulpit*”—, Frances Wilson llama al *Titanic* “la más grande metáfora”. Las dimensiones de la tragedia sufrida por esa “metáfora” inspiraron a medio mundo, y aun quienes no habían escrito una sola línea en toda su vida se lanzaron con entusiasmo a reflexionar, en prosa y en verso, acerca de lo ocurrido ese abril de hace cien años en las aguas heladas y sombrías del Océano Atlántico.

Las esforzadas obras de esa fiebre de escritura pronto llenaron los estantes de las librerías. Una afición avasalladora nació en esos momentos; el encabezado del texto de Wilson recoge la palabra con la cual se sintetiza ese *hobby* absorbente: *Titanoraks*, vocablo utilizado para designar a los obsesionados por el hundimiento del *Titanic*. Durante largos años he tratado cercanamente a uno: a pesar de no estar interesado en absoluto en el cine comercial —apenas está interesado en el cine—, mi amigo fue a ver con admirable estoicismo el “churro” con Leonardo DiCaprio y Kate Winslet, y aun fue capaz

de admirar las primeras escenas, submarinas o dizque submarinas. Tolerar el “genio” de James Cameron es una prueba de la fogosidad y la fidelidad a su tema de este *Titanorak* mexicano. No es difícil prever cómo el centenario de la tragedia desencadenará un diluvio de falsos *Titanoraks*: aficionados de último minuto.

El libro de Frances Wilson sobre “cómo sobrevivir al *Titanic*” tiene como protagonista principal a J. Bruce Ismay, el hombre a cargo de la delicada decisión de dotar de una cierta cantidad de botes salvavidas al enorme trasatlántico. Ismay era el dueño de la nave, heredero de la fortuna de la compañía White Star. Afirmaba, ufano —y no pudo prever con cuánta irresponsabilidad fatal—: el *Titanic* apenas necesita botes de ese tipo, pues todo él, en su integridad, es seguro al grado de ser por sí mismo un gigantesco bote salvavidas. Cuando el hundimiento era inminente, Ismay saltó a uno de los pocos botes y se puso a remar frenéticamente; se convirtió así en uno de los hombres más odiados y despreciados de su tiempo, realización del cobarde Lord Jim imaginado por Joseph Conrad y prefiguración del capitán italiano Francesco Schettino, del barco-crucero *Costa Concordia*, el naufragio más llamativo de esta porción mínima del siglo XXI.

EL POETA, EL ICEBERG Y EL TRASATLÁNTICO

Un poeta inglés cuya fama perdurable, a semejanza de la de Miguel de Cervantes, depende sobre todo de su genio novelístico (*Tess of the d'Urbervilles*, *Jude the Obscure*), Thomas Hardy (1840-1928), escribió un poema extraordinario acerca del *Titanic*, titulado “*The Convergence of the Twain*” y subtulado “Líneas sobre la pérdida del *Titanic*”. El título del poema alude al encuentro o “convergencia” de dos entidades gigantescas: el *iceberg* y el enorme buque en su travesía de Inglaterra a América. (La palabrita “*twain*”, indicativa de una medida dual, fue el apellido escogido por Samuel Clemens para su *nom de plume*: Mark Twain; los marineros del Mississippi anunciaban sus sondeos con palabras como ésta: si la profundidad del río era de dos brazas, así lo gritaban, echando mano de esa palabra. El escritor, piloto fluvial durante largo tiempo, estaba familiarizado con ese vocabulario).

El esquema visual, por así decirlo, de la estrofa de Hardy para su poema sobre el *Titanic* es el siguiente:

Como se puede ver, el “dibujo” de esos tres versos forma esquemáticamente la silueta del trasatlántico hun-

THE CONVERGENCE OF THE TWAIN
Lines on the loss of the “Titanic”
 Thomas Hardy (1840-1928)
 Las primeras cuatro estrofas

1

En submarina soledad,
 lejos de toda vanidad
 y del Orgullo de su Origen, yace en la quieta oscuridad.

2

De su interior de acero ciego
 huyó el salamandrino fuego:
 liras de agua fría ritman un apagado, lento ruego.

3

Sobre el azogue diseñado
 para copiar a un potentado
 arrástrase un gusano de los mares —viscoso, degradado.

4

Joyas de brillo delicado
 para el espíritu extraviado
 en el fondo, sin luz, son ya un botín cegado.

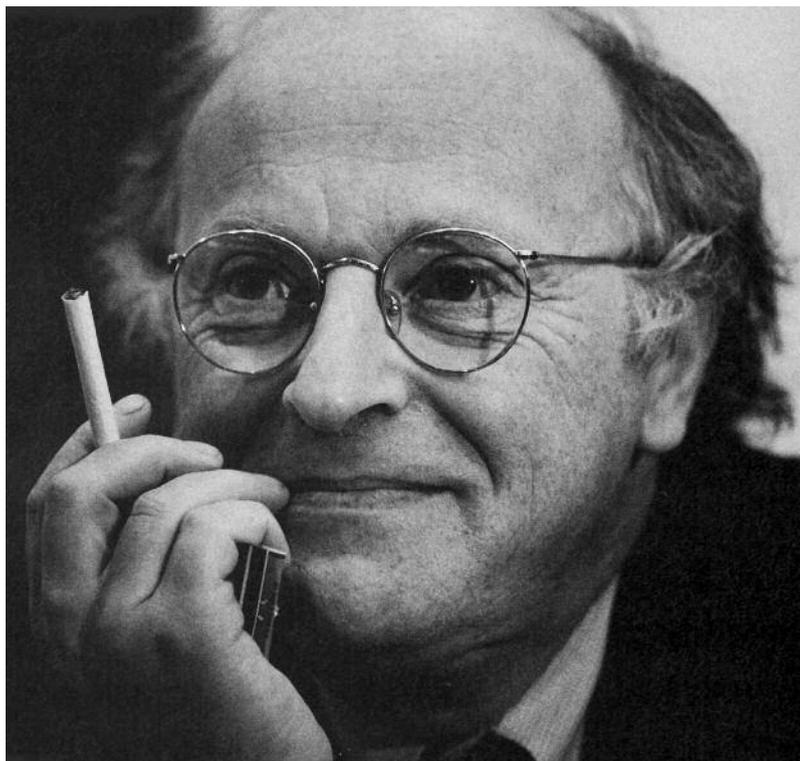
Versión de D. Huerta

dido. O la silueta del *iceberg*, la montaña de hielo, heridora de la inmensa ciudad navegante.

En uno de sus ensayos críticos del libro *On Grief and Reason*, el poeta Joseph Brodsky le dedica varias decenas de páginas a cuatro poemas de Hardy, entre ellos “*The Convergence of the Twain*”. Su análisis resulta sumamente original y sugerente: poca o ninguna deuda tiene con los análisis de texto al modo académico —y mucho aprenderían los profesores de literatura de un poeta tan sagaz.

Uno de los primeros puntos abordados por Brodsky ante el poema de Hardy es el de la rotulación taxonómica, en la historia literaria, con la cual suele mencionarse a Thomas Hardy en su condición de poeta (no de novelista, otro cantar): es llamado “*pre-modernist*”. Brodsky arma con ello una conjetura interesante: el futuro de la poesía en lengua inglesa sería completamente diferente si en vez de su afición a Jules Laforgue, T. S. Eliot hubiera leído con fervor la poesía de Hardy.

Los análisis verso por verso de un poema no son la costumbre entre nosotros, lo cual no deja de ser una lás-



Joseph Brodsky



Thomas Hardy

tima —somos afectos al lenguaje más bien gaseoso de las generalizaciones en clave lírica, simulacros bizarros del objeto de estudio. La crítica estilística tuvo su momento, un largo momento muy fecundo, antes de ser tirada al basurero de los cachivaches “positivistas” y puesta a pudrirse bajo el sol de todos los posibles postestructuralismos.

Joseph Brodsky asedia críticamente el poema de Hardy a la manera de los viejos críticos de la estilística, con pormenor; al hacerlo, le imprime a su comentario de texto y a su lectura cuidadosa (*close reading*) un sello personal —entre cuyos rasgos está el siguiente: el crítico es ahí considerado, por él mismo, una entidad tan importante como el poema comentado.

Desde las estrofillas monorrimas —formadas por dos trímetros y un hexámetro—, hasta la escansión milimétrica de cada pasaje y el análisis de las decisiones prosódicas, retóricas y metafóricas del poeta estudiado y su escritura, Brodsky se *apropia* del poema de Hardy y nos lo da a leer como una pequeña obra maestra, fruto de una espléndida madurez artística y de una gran capacidad formal y expresiva en la vejez: Thomas Hardy tenía 72 años de edad —una edad avanzada, por donde se le vea— cuando lo escribió, bajo la fuerte impresión del hundimiento del trasatlántico, en el cual viajaban dos amigos suyos. Lo publicó el 14 de mayo de 1912, apenas un mes exacto después del naufragio, prueba de su destreza, de su talento, de su audacia como artista.

Según Thomas Hardy, tal y como lo entiende Brodsky, el hundimiento del *Titanic* fue consecuencia o efecto de una schopenhaueriana Voluntad Inmanente: al converger las dos entidades colosales, el barco y el *iceberg*, se consumó una unión misteriosa, casi se diría amorosa. Para nosotros, meros seres humanos, aquello fue un desastre formidable y una larga ocasión de luto y lamentaciones, cuyo centenario conmemoramos en 2012 —pero para la sobrehumana Voluntad Inmanente, puesta en acción esa noche y la madrugada siguiente, en el frío infernal de las aguas atlánticas, ¿debía ser también una tragedia?

Leer el comentario brodskiano del poema de Hardy sobre el *Titanic* es sumamente placentero. Se trata de un ejemplar texto crítico, y al mismo tiempo, de una empresa inimitable: no es posible tratar de aplicar por cuenta propia el método o los métodos de Brodsky, pues solamente él podía utilizarlos con provecho. De ahí su notoria, admirable, personalidad de crítico y de *close reader*.

En este centenario, acercarse a esas páginas luminosas de un poeta ruso sobre un poeta inglés es una de las mejores tareas imaginables para conmemorar aquella noche de abril del año 1912. **U**